

LA REGION PERSEGUIA EL AUTOABASTECIMIENTO
ENERGETICO Y LA CONTINUIDAD DEL MODELO
PRODUCTIVO FRUTICOLA DEL ALTO VALLE DE RIO NEGRO
Y NEUQUEN. 50 AÑOS DESPUES, REDEFINIR LO REGIONAL
IMPLICA UN NUEVO CONCEPTO DEL FEDERALISMO

El Comahue, de la leyenda urbana a la realidad

Una de las más famosas leyendas neuquinas menciona el trunco proyecto de irrigar un millón de hectáreas con el agua de los ríos Limay y Neuquén contenidas en el complejo hidroeléctrico El Chocón-Cerros Colorados. En efecto, el acta de nacimiento de Hidronor en la Patagonia norte tenía, como moneda de canje ante tamaño esfuerzo social y económico, la sistematización del extremo oeste del Alto Valle del Río Negro y Neuquén, que en la década de 1960 terminaba en la ciudad de Plottier, a escasos diez kilómetros de la capital neuquina. Era un espejismo: nunca se pasó del canal principal. Faltó el resto.

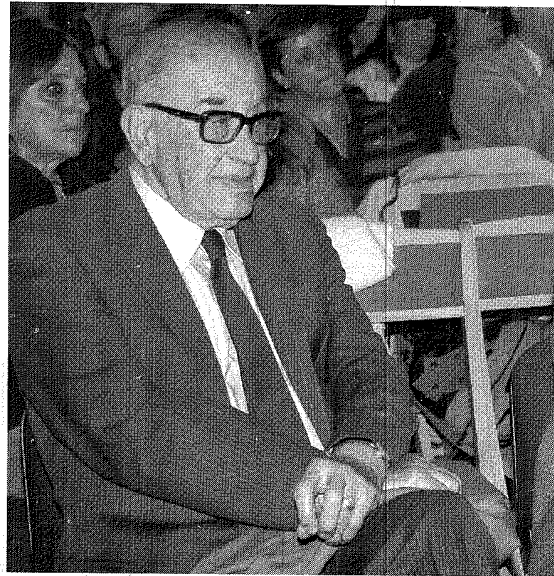
POR **ADRIAN ORDOÑEZ**
Neuquén
Especial para EES

Cincuenta años después, la fantasía engendrada durante la presidencia de Arturo Frondizi y el calor de las políticas desarrollistas mutó varias veces y generó, a comienzos del nuevo siglo, una nueva definición de región y un nuevo concepto de federalismo.

En primer lugar, la palabra Comahue, que se comenzó a utilizar en los tempranos años sesenta, es producto de un error. No existe ese vocablo en mapuche, y en cambio es más preciso decir Comohue, que significa lugar (hue) completo, íntegro, de plenitud (com, como). Originalmente,

en los documentos del Consejo Nacional de Desarrollo, Conade, y en las discusiones de los senadores, se proponía constituir una región para desarrollar la zona de influencia de la cuenca hídrica de los ríos Neuquén y Limay. Esa zona estaría integrada por las provincias de Neuquén y Río Negro y el partido bonaerense de Carmen de Patagones, limitada al norte por el río Colorado y al sur por el paralelo 42, al este por el océano Atlántico y al oeste por la Cordillera de los Andes.

La resistencia de los intereses empresarios de la importación de petróleo abortó el proyecto –el autoabastecimiento energético proyectado con la construcción de represas lo amenazaba seriamente: Frondizi fue derrocado y recién con Arturo Illia se retomaron



los proyectos, con una consideración de alta prioridad y las gestiones de senadores rionegrinos y neuquinos –José Gadano y Elías Sapag entre ellos– para garantizar la realización de las obras.

Finalmente, y luego de un rediseño de la región con la incorporación de catorce partidos bonaerenses, se decidió que el Comahue abarcaría la región norte de la Patagonia con la inclusión de cuatro partidos pampeanos, sin los bonaerenses y en la misma franja entre el Colorado y el paralelo 42. Esa definición también suponía una cierta práctica federalista: coincidió con el surgimiento de los neoperonismos –partidos provinciales desgajados del viejo tronco justicialista– con ingredientes desarrollistas. Así, en estas provincias el Conade se replicó en organismos similares de desarrollo, que sirvieron de refugio a intelectuales y teóricos de los viejos planes quinquenales de Juan Perón. Es el caso del Copade (Consejo de Planificación y Acción para el Desarrollo) neuquino, que tuvo a Silvio Tosello como mentor.

Sobre esa base habla Alicia Laurín: de la regionalización como un proceso unidireccional desde el centro hacia las provincias. Y una bisagra planteada, a partir de 1983, con la restauración democrática y la nueva forma de

TE ACORDAS DE FELIPE. El ya legendario Felipe Sapag se atrevió a imaginar una región con gran desarrollo energético y una profunda integración en materia productiva. No dejó de lado planes urbanos ambiciosos ni el fomento de áreas marginales. Tras su muerte, poco ha quedado de su proyecto en Neuquén.

plantear las “competencias subnacionales”.

La nueva manera de hacer federalismo de la época desarrollista, que consistió en ofrecer los recursos naturales –en el caso de las obras hidroeléctricas, los ríos y las áreas a inundar– a cambio de obras de infraestructura –caminos, telefonía, electricidad– y beneficios tarifarios –la tarifa Comahue, por caso– y en aportes financieros nacionales, terminó por consolidar una relación provincia-Nación o, mejor dicho, región-Nación, inéditas hasta entonces en el país, especialmente en el trato de Buenos Aires con las 14 provincias originales –litoral, centro y norte. Los ex territorios nacionales del sur ya empezaban a ejercer su presencia con personalidad en la política institucional nacional.

Las sucesivas dictaduras y los cambios de orientación política y económica derivaron en vaivenes en la actividad económica de la

región: un caso fue cuando el tándem Menem-Cavallo intentaron la reconversión productiva tras el desguace del Estado y prácticamente la fruticultura quedó sin renta y los pequeños productores sin campos. Esa época también marcó una definición nueva del federalismo, con impronta neoliberal y con resignación de reclamos. En una paráfrasis del entonces presidente Carlos Menem, región que no funciona, región que cierra. Eso casi ocurre en el Valle.

La segunda definición de la región, por falta de operatividad de la primera, incluyó totalmente las provincias de Neuquén y Río Negro, el partido de Patagones y catorce bonaerenses más. Esa región, superpuesta a las unidades provinciales sin ningún basamento económico, histórico, cultural o social, terminó demostrando su ineficacia.

El corolario del proceso neoliberal ocurrió hacia 2001, cuando en consonancia con artículos aparecidos en los periódicos norteamericanos *The New York Times* y *Financial Times*, luego de la nueva regionalización propuesta durante el menemismo, se proyectaban regiones escindidas del cuerpo nacional en función de la autosustentabilidad económica. Tal fue uno de los proyectos archivado casi de inmediato a su difusión del ex gobernador Jorge Sobisch y su jefe de gabinete de entonces, José Brillo.

La recuperación institucional posterior a 2002 volvió a definir el concepto de región y el de federalismo. Así, con las asignaturas pendientes de una discusión profunda de la ley de coparticipación federal de impuestos y de la distribución de varios tributos nacionales, la aplicación de retenciones a las producciones de crudo en virtud de la extendida emergencia económica, la relación de las provincias con la Nación se establece de manera diferente. Dos ejemplos para muestra: la relación de Miguel Saiz, el gobernador rionegrino radical con Buenos Aires es casi mejor que si el primer mandatario fuera de origen peronista. Y otro tanto ocurre con Jorge Sapag en Neuquén, que luego del ostracismo voluntario de Sobisch, plantea el "federalismo de coordinación" ■

